

Capítulo 24 - El mundo en movimiento - El último Orellen

El mundo en movimiento

Lander estaba cansado de ser arrastrado en los diversos proyectos de mejora del hogar de Jorn, por lo que, tan pronto como la aurora apareció en el cielo dos mañanas después, apareció en la habitación de Kalen para ofrecerse como mula de carga.

“¡Solo necesito un día libre!” se quejó, dejándose caer sobre el colchón que Kalen había vaciado recientemente. “Por favor, díles que necesitas a tu primo fuerte y grande para cargar las cosas hasta tu roca.”

“No me molestaría la ayuda,” admitió Kalen, mientras se calzaba una camisa remendada y manchada. Si viera su mejor ropa en el bosque, solo se arruinarían. “Podría llevar mucho más material si tú vienes.”

“¡Sí! Soy un hombre muy útil. No puedes hacerlo sin mí.” Lander se desplomó en la cama de Kalen. Hoy en día, era todo brazos y piernas largas. Sin duda, alcanzaría el tamaño de sus padres, aunque si no llegaba a llenarse, terminaría pareciéndose a una langosta gigante. “¿No te gustaría que también tomara una siesta mientras tú empacas?”

Kalenrió. “¡Es temprano en la mañana, holgazán! Ve a la despensa y trae algo de comer. Creo que estaré fuera aproximadamente una semana esta vez.”

Lander gimió. “Últimamente, solo soy sirviente en esta casa.”

Una hora después, con las bolsas llenas de libros, objetos mágicos y comida, se despidieron de la familia y se adentraron en el bosque. Lander estaba lleno de entusiasmo. “¿Crees que saldrían a buscarme si no regresara a casa? Siempre puedo decir que tuve que quedarme para protegerte de bestias devoradoras de wizarn.”

“Creo que te dejarían quedarte la semana, pero después nos llenarían los oídos de vinagre cuando llegemos a casa.”

“Podría valer la pena,” dijo Lander pensativo, saltando con entusiasmo sobre una rama caída. La enorme mochila en su espalda rebotaba bruscamente, y Kalen trató de recordar si algo frágil

estaba guardado en ella.

“Si fuera tú, no escogería esta semana para abandonar a la familia,” dijo. “El trabajo que hago es importante, pero será terriblemente aburrido de ver. ¿Por qué no eliges una aurora cuando tenga algo interesante planeado?”

La sonrisa de Lander adquirió una expresión curiosa. “Kalen, no sé si te das cuenta, pero casi todo lo que haces como wizarin me resulta mortalmente aburrido. Pasas horas dibujando símbolos, practicando rimas extrañas y murmurando sobre tus libros. Todo eso termina en agujas quebradas, incendios o esa cosa rara que hiciste que llamó a las moscas—”

“¡Eso fue un hechizo muy difícil, además de único! Ni siquiera estoy seguro de qué rama de la magia es. Para concentrar el miasma de podredumbre—”

“Fue asqueroso,” dijo Lander, arrugando la nariz. “Por favor, nunca lo hagas frente a una chica bonita.”

La mención de chicas bonitas hizo que el primo de Kalen se entusiasmara con uno de sus temas favoritos: una chica de dieciséis años, con cabello rojo brillante y pecas llamada Dolana, que había visitado recientemente la aldea desde Baitown. Ella había acudido a la boda de un familiar, y probablemente no le había dicho ni diez palabras a Lander, pero él aún atesoraba la memoria de su visita.

Kalen escuchaba a su primo hablar sin parar, aceptando complacido que Dolana era el epítome de la feminidad. En realidad, Kalen no le había prestado mucha atención, ya que durante la mayor parte de la ceremonia de boda estaba practicando mentalmente un hechizo llamado para extraer impurezas.

Unas horas más tarde, cuando finalmente llegaron a la roca, sacaron sándwiches de tocino del saco y compartieron el almuerzo. Lander ayudó a Kalen con la tediosa tarea de limpiar las heces de ave de sus diversos diagramas rúnicos, notando que eso era exactamente lo que él había querido decir cuando afirmó que los poderes de wizarin de Kalen eran aburridos. Luego, se despidieron.

Kalen saludó con la mano mientras Lander desaparecía entre los árboles. Cuando su primo se salió de la vista, se estiró y miró hacia la aurora boreal.

—Muy bien—dijo, entrecerrando los ojos para observarla—. Esta vez haremos que algo suceda.

El primer día, Kalen se concentró en el hechizo de viento. Desde hacía tiempo, había memorizado tanto el patrón como el poema, y solo le quedaba ejecutar el hechizo. Una y otra vez, una y otra vez...

La acción fundamental de manipular magia le resultaba placentera a Kalen—la manera en que la absorbía y la expulsaba. Era algo entre una sensación física y una emocional. Era como respirar profundamente, llenando los pulmones con el aire más dulce del mundo, y también la satisfacción particular que se experimenta al exhalar.

Permitir que la magia recorriera sus caminos internos, o acelerarla cuando era necesario, también era algo que disfrutaba.

Como siempre, lo difícil y frustrante surgía cuando trataba de dar forma a esa magia.

Al menos, Kalen había logrado dominar finalmente ese patrón. Aún así, le tomaba un par de minutos completarlo, lo que significaba que debía recitar la parte verbal del hechizo con una lentitud antinatural para asegurarse de que ciertas sílabas coincidieran con el ritmo de la formación del patrón como debían. Pero se encontraba en el centro de su roca, y lo hacía correctamente.

Cada pequeño cauce de su estructura de maná que había convocado para formar el patrón estaba colocado con precisión. Cada palabra en su lugar. La magia se acumulaba y fluía en él con voluntad. Comenzaba a fluir cada vez más rápido a través del patrón interno que estaba construyendo, pero cuando alcanzó la última línea del hechizo, todo se detuvo de golpe.

No. Otra vez no. Esta vez no.

Kalen luchó contra la inercia repentina, pero ni siquiera sabía cómo luchar correctamente. Podía mantener el patrón en su lugar por un rato. Podía pronunciar la siguiente sílaba. Pero su magia—generalmente tan ágil y obediente—se bloqueaba.

¿¿Por qué??—pensó desesperado mientras el patrón comenzaba a desgarrarse y el hechizo perdía estabilidad.

Había tenido hechizos que debería haber logrado realizar antes, pero siempre era por algún error que cometía. O, en ocasiones, porque intentaba lanzar un hechizo sin suficiente magia disponible.

Ese terrible estado de congelamiento era diferente.

El hechizo superó el punto en el que podía recuperarse, y Kalen maldijo frustrado, dejando que se deshaga en pedazos.

Inmediatamente, su magia empezó a comportarse con normalidad nuevamente, y pudo moverla por sus caminos internos con facilidad.

Seguramente había algo que se le escapaba, pero había pasado meses pensando en ello y no lograba descubrir qué. Y cuando la aurora boreal estaban presente, no podía permitirse quedarse sentado pensando. Ya había reflexionado demasiado, y era momento de actuar.

Tras una breve pausa, volvió a intentarlo. Más rápido.

Luego otra vez. Más despacio.

Habló más alto.

Saltó algunas intersecciones en el patrón por si había algún error en la copia del libro.

Lo intentó todo. Luego, volvió a intentarlo una vez más.

Tengo que lograrlo, se dijo a sí mismo. Lo lograré si no me doy por vencido.

Pero no lo hizo.

Y a medida que pasaban los días, la frustración de Kalen se transformó en algo más cercano a la desesperación.

A excepción de la moneda de oro y el token de Arlade Glimont, lo más valioso que poseía Kalen era una botella de pintura de mago de plata.

Era la auténtica, sin diluir, de grado alquímico, importada del continente y sellada en una alta botella de cristal grabada por todos lados con círculos de conservación.

La pintura había sido necesaria para el ritual en la habitación de Kalen, pero él dudó en solicitarla a sus padres. ¿Puedo verter plata líquida por el suelo?, era una petición difícil, incluso si Jorn y Shelba eran bastante afectuosos.

Kalen temía que solo accedieran por sentirse culpables al decirle que no podía participar en el torneo de aprendizaje. Esperaba que no fuera así, porque consideraba la opinión de sus padres en ese asunto más una sugerencia que una regla.

De todos modos, Kalen había usado la mitad de la pintura para el ritual y un poco más en experimentos con su hechizo de madera magnética. Tenía la intención de que la otra mitad durara años.

Por eso, con una sensación muy parecida a un dolor físico, se encontró de pie sobre su roca, a tres días del aurora, mezclando la poderosa pintura de plata con la más barata y viscosa negra y roja que podía encontrarse en la ciudad de cebo.

El cabello de Kalen estaba enmarañado. Le dolían los pies por estar horas de pie sobre piedra. Sospechaba que olía a axila.

“Malditos conjuros. Maldido Zevnie. Maldito, maldito viento,” murmuró, agitando furiosamente la botella. De repente, en actitud de oración, pidió a Veila y a su poderoso honda si podían hacer algo para que los colores se mezclaran. Y luego agitó aún más la botella.

Tenía inscripciones en las tres botellas de pintura indicando que no debían mezclarse con pinturas de otras fuentes, ya que los ingredientes mágicos podrían entrar en conflicto. No mencionaban que tampoco debían mezclarse con clases completamente diferentes de pinturas mágicas, porque qué idiota pensaría que eso sería buena idea.

“¡Un pobre idiota que no ha tomado baño ni dormido bien en días!” gritó Kalen a la botella tan fuerte que asustó a un mirlo que estaba en un árbol cercano. Las pinturas solo giraban lentamente una contra otra. “Por favor, que funcione.”

Su voz comenzaba a volverle ronca por recitar el conjuro del viento. Su capacidad de concentración al lanzar hechizos se reducía severamente. Había aspirado magia y expulsado de nuevo tantas veces que empezaba a sentirse vacío.

¿O quizás simplemente había olvidado el almuerzo?

Finalmente, en un estado de agotamiento por falta de sueño y por la magicidad que lo había consumido, Kalen ideó un plan.

Si el método de invocación nucleica de Zevnie no funcionaba, y el conjuro de viento de Brou tampoco, Kalen inventaría su propio hechizo.

Era consciente de muchos problemas con esta idea, pero elegía ignorarlos.

El más importante era que los practicantes de nivel inferior no podían inventar hechizos propiamente dichos.

Podían acaso descubrir cosas que funcionaran, especialmente en artes muy antiguas como el encantamiento, donde las reglas básicas estaban acordadas y los patrones se habían usado durante milenios. El hechizo de madera magnética de Kalen era en realidad un patrón de runas copiado de la moneda Orellen, después de todo. Probablemente había sido reutilizado varias veces a lo largo de los años, y él había logrado conjuntar justo la combinación de elementos adecuada para rescatar un antiguo encantamiento poco utilizado en la actualidad, o uno que se empleaba con frecuencia pero en un contexto donde su efecto final era diferente.

Lo que rodeaba a la magia era que representaba una lucha contra la naturaleza. Se requería un gran poder y comprensión para empujar a la naturaleza con suficiente fuerza y en el modo exacto para crear algo nuevo.

Por ello, algunos hechiceros de alto nivel creaban conjuros menores, conocidos como cantrips, y los writteaban. No era porque los cantrips fueran particularmente útiles. Por lo general, realizaban tareas que un hechizo establecido podía hacer mejor y con mayor sencillez. Pero crear uno nuevo era una forma de demostrar a los colegas que se había alcanzado un nivel de dominio más allá del de los hechiceros comunes. Los conjuros verbales que dependían de patrones mínimos se consideraban especialmente impresionantes, ya que implicaban manipular la naturaleza con menos ayuda.

Con el paso del tiempo, las prácticas mágicas se integraron más profundamente en la estructura de la realidad a medida que más personas las usaban. A medida que se consolidaban, solían volverse cada vez más fáciles de emplear. Los nuevos hechizos, incluso aquellos con efectos débiles, se volvían más difíciles de utilizar, requiriendo mayor poder.

—Para eso estás tú, —dijo Kalen a su frasco de pintura, que finalmente empezaba a mezclarse—. Estaba jadeando por el esfuerzo de agitarlo.

La aurora alcanzaba su máximo esplendor en ese instante. Kalen se preguntó de repente qué ocurriría si usaba un array de reunión, uno grande, justo aquí, en su roca.

No creía haberse quedado del todo sin juicio. No estaba inventando un hechizo nuevo desde cero; simplemente estaba combinando dos o tres técnicas distintas en una sola.

Probablemente había una razón por la cual ninguno de sus libros había explicado cómo hacerlo, pero tampoco le habían dicho que no podía.

Si construía el patrón de su cantrip de viento de Brou alrededor de su núcleo principal, recitaba el conjuro mientras utilizaba la técnica de lanzamiento nucleico y permanecía en el centro del array reuniendo más energía...

Pues, algo iba a ocurrir.

A estas alturas, a Kalen ya le importaba muy poco qué sería, siempre y cuando dejara de obtener nada en absoluto por sus esfuerzos.

Cuando por fin mezcló la pintura, parecía barro brillante. Pero, al menos, era barro brillante que se mantenía unido. Ya había trazado el patrón del array con cuerdas de medición. Ahora solo le quedaba pintarlo. Esperaba tener suficiente.

Kalen tomó su estuche lleno de pinceles cuidadosamente conservados y se puso manos a la obra.

El proyecto le llevó horas. Había planeado pintar el array en el transcurso de unos días, pero, tras un tiempo, se dio cuenta de que su pintura se coagula lentamente. Si tomaba descansos para dormir, nunca lo terminaría antes de que se volviera demasiado espesa para extenderse.

Trabajaba con rapidez y de manera desordenada, agradecido de haber medido previamente. Era deprimente ver sus runas tan torpes, pero al menos el contorno y los puntos de intersección en la estrella estaban nítidos y precisos.

Al terminar, justo después del amanecer, Kalen metió la mayor parte de una hogaza de pan en la boca y se desplomó sobre su toldo. Rechazaba la necesidad, pero estaba demasiado cansado para activar un simple círculo de calefacción. Probablemente se desmayaría si intentaba algo tan complejo y exigente en energía como lo que tenía en mente.

Agotado, adolorido y oliendo a pintura penetrante, finalmente se autorizó a dormir.

Soñó que alguien importante estaba enojado con él.

Ambos estaban en un lugar aterrador, donde el cielo era negro y sin estrellas, y el suelo no era más que arena.

“No quise hacerlo”, dijo Kalen.

No estaba seguro de por qué se estaba disculpando.

“No quise hacerlo”, repitió la persona, con una voz tranquilamente furiosa. “Pero lo hice de todos modos.”

“¿Quién eres?” preguntó Kalen.

Por más que mirara, no podía ver el rostro ni el cuerpo de la persona enojada. Parpadeó y creyó estar solo. Luego, volvió a parpadear y comprendió que la otra presencia estaba allí.

“Vas a arruinar todo.” Las palabras resonaron a su alrededor como si provinieran de todas las direcciones al mismo tiempo.

El extraño sueño terminó allí. O al menos, Kalen no pudo recordar nada más cuando despertó horas después, con la desagradable sensación de una gota de lluvia fría estrellándose en la punta de su nariz.

Molesto, miró hacia el cielo. Nubes grises y sombrías se agitaban sobre su cabeza, pero aún no llovía. Todavía. Bueno, puedo esperar. Unas horas más no...

Una repentina revelación lo hizo ponerse de pie de golpe. ¿La pintura? ¿Había secado? Si no, la lluvia destruiría todo su trabajo.

Se apresuró hacia el conjunto. El patrón de estrellas era enorme, cubriendo más de la mitad de la superficie de la roca, lo que le daba un aspecto magnífico a pesar del desagradable color de la pintura.

Con apenas capacidad de respirar, Kalen extendió la mano y tocó suavemente una de las líneas con su dedo. Al apartarla, la pintura, con una consistencia pegajosa y desagradable, se adhería a su piel. Era más parecido a la mucosidad que a pintura húmeda, pero sin duda aún no estaba seca.

Kalen lo miró con horror. “Mierda,” susurró. “Mierda. Mierda, como el estiércol de cerdo. ¿Qué hago?”

No podía cubrir el conjunto con ninguno de los materiales que tenía. No podía acelerar el secado y, desde luego, no podía impedir que la lluvia cayera.

Cada gota que golpeaba la pintura iba a desgastarla lentamente hasta que dejara de funcionar.

Usa lo que tienes. Solo úsalo lo mejor posible para que no se desperdicie.

Era la única opción. Kalen dio un salto y corrió hacia la caja tallada en la cima de la escalera de la roca. Gracias a la ayuda de Lander, estaba completamente repleta de suministros.

Después de unos momentos de agonía, tomó los siete libros que le gustaban un poco menos que los otros y uno de sus frascos de grabaciones, y corrió de regreso al conjunto. Colocó un libro en cada una de las ranuras destinadas a los reagentes, con el frasco en la octava.

Técnicamente, los textos de practicantes eran objetos mágicos, ya que casi siempre estaban encantados de alguna manera, ya fuera para aumentar su durabilidad o preservar la tinta. Ninguno de los de Kalen tenía encantamientos muy poderosos, y lo que protegía a cada uno seguramente sería destruido al hacer esto, por eso nunca antes había recurrido a potenciar su conjunto en esa

forma.

Había deseado haber traído su gran cantidad de botones encantados para usar en su lugar, pero no sabía que iba a hacer esto al salir de casa.

Y ahora no había tiempo para dudar.

Balanceándose peligrosamente en puntillas para evitar la pintura húmeda, Kalen soltó el último libro en su lugar, y luego saltó sobre las líneas y los símbolos para situarse en el centro del conjunto.

Ya había bastante magia atmosférica, pero él quería más que suficiente. Pensó que si el entorno estuviera aún más saturado, tal vez podría realizar el hechizo en sucesión. Quizá podría transmitir magia a través de su núcleo y luego atraer más antes de que el patrón de hechizos colapsara.

Había planeado practicar, pero ahora no había tiempo.

El trueno retumbó, y Kalén cerró los ojos. Se sintió nervioso, pero apartó sus dudas y prosiguió. Comenzó a construir el patrón interno, no de la manera habitual, sino alrededor del enredo de su núcleo, que había decidido considerar como el principal, por ser más grande y complejo.

Kalén podría haber practicado el patrón mil veces, pero no en esta forma particular, en este lugar en su interior donde su magia se sentía más densa y más esencial que en cualquier otro lado. Era difícil, como había sabido que sería. Sin embargo, aunque había asumido que trabajar en esa área enmarañada sería casi imposible, por alguna razón...

No es demasiado difícil. Está en el límite de lo que puedo hacer, pero no lo sobrepasa.

Alrededor, la magia se estaba acumulando. La matriz funcionaba como debía, atrayendo energía hacia Kalén para que pudiera reunirla con la misma rapidez con la que lo había logrado durante el pico de la enorme aurora que había traído a Arlade y Zevnie a la isla.

Un par de minutos después, finalizó el patrón. Al fijar mentalmente la ruta que había seguido para completarlo, permitió que colapsara. Ahora ya tenía su ritmo establecido. Podía comenzar en serio.

“Por el remolino del aire,” susurró en voz baja.

El título no formaba parte de la invocación, pero decirlo en voz alta se sentía como hacer una promesa.

Kalén tomó un momento para mirar el mundo a su alrededor, sobre su roca. El cielo se oscurecía y el viento comenzaba a fortalecerse.

Quizá ni siquiera notaría si funciona, pensó, reprimiendo una amarga ola de decepción.

Zeviñe había dicho que el efecto de canalizar magia a través del núcleo era sutil. Y las invocaciones no eran exactamente llamativas por sí mismas. Dudaba que combinar ambas cosas

resultara en algo más evidente que una tormenta real.

Pero no hay remedio. Solo puedo esperar.

Tomó una respiración profunda y empezó el canto con la primera línea, algo mortificante: “Un beso suave al alba...”

La primera intersección del patrón quedó fija en “beso,”, la siguiente justo después en “alba.”

Funcionaba. Podía lograrlo.

“Un beso suave al alba,

golpe de ala,

y mordisco de humo,

Yo...”

Te he sentido.

La siguiente línea decía “Te he sentido”. Pero Kalén no podía decirlo todavía porque su magia se estaba desacelerando sin su permiso, y eso antes de siquiera llegar a la mitad del patrón. ¡Nunca le había ocurrido antes!

Esto es malo.

“Yo he sentido—”

Kalén forzó la siguiente intersección, empujando su magia a través de sus canales con todas sus fuerzas.

“Tú,” pensó, aferrándose frenéticamente al siguiente punto crítico. Pero ahora no había nada con qué trabajar. Era como si su magia se hubiera solidificado en yeso.

¿Qué debo hacer?

Kalén mantuvo el patrón en su lugar. Su camisa estaba medio empapada, y las gotas de lluvia, que lentamente destruían su oportunidad de completar el hechizo, resonaban como un tambor.

Podría... atraer más poder. La magia se acumulaba a su alrededor, cosquilleando contra sus nervios, ansiosa por ingresar. ¿Podría mantener el patrón al mismo tiempo? Era una jugada arriesgada, pero tal vez...

Kalén dejó que la magia en espera entrara, y como si esa acción hubiera roto un estancamiento, sus caminos volvieron a estar bajo su control.

—¡tú!

Kalen lo gritó con demasiada alegría, pero el hechizo se mantuvo. Quizá esto era todo. La forma de romper la incómoda calma tensa.

Comenzó a dibujar magia más rápidamente, vertiéndola en el patrón, intentando mantener todo en movimiento y fluyendo como debía. Al mismo tiempo, atraer poder y construir el hechizo en lugar de hacer uno solo, era como tratar de hacer malabares con una docena de huevos a la vez.

—Te he escuchado.

Te he olfateado.

Mientras remueves el aire.

Grito eterno, infinito,

lamento solitario.

Lamento que atraviesa la arena y el mar.

Lamento por mí.

Lamento.

Kalen jadió. Sus ojos estaban apretados en concentración.

Había terminado. Había completado el patrón. Pero era incorrecto.

El conjuro no se lanzaría. Quedaba atrapado dentro de él, igual que antes. Estaba quieto y reacio a materializarse. Había vertido mucho más poder en la invocación de lo habitual, y aunque sus caminos no podían exactamente doler como si hubieran sufrido una lesión física, esto se le parecía bastante.

Respiraba con dificultad, pensando.

Lo único que podía hacer era absorber aún más poder y dirigirlo hacia el patrón y su núcleo.

Parecía una mala idea, pero era la única opción que tenía.

Así que lo hizo hasta empaparse y marearse. Pero en cuanto la magia se acercaba a su núcleo, simplemente se detenía. Se acumulaba y crecía en los bordes de Kalen, inundando caminos poco utilizados, golpeando todo a su paso... hasta que incluso esas partes de él se detuvieron y quedaron congeladas como el mar en invierno.

Debo empujar la magia a través, pensó con desesperación. Si no es a través del conjuro, entonces hacia el núcleo mismo. Será menos específico. Menos difícil. Más como un empujón poderoso. Pero un lanzamiento nucleico con el patrón del conjuro ya establecido... debería producir algún efecto. Eso era lo que había planeado.

Pero no podía hacer que nada se moviera.

¿Qué pasaría si simplemente seguía absorbiendo poder en su estructura de maná congelada? ¿A dónde iría cuando ya no quedara espacio?

Para. Tienes que parar.

Kalen pensaba que era su propia duda hablando, pero no quería detenerse. Quería que esto terminara, y no lo haría si lo hacía. Solo tendría que intentarlo otra mil veces, o diez mil, mientras sus decisiones pesaban sobre él, el torneo se acercaba y la gente buscaba a Orellens y Fanna envejecía.

Fanna.

De repente, Kalen recordó cómo había soplado aire en sus mejillas para explicarle qué era el viento y cómo funcionaba. Algo allí... algo en lo que no había pensado...

No hagas esto.

¿Qué le había dicho a Fanna sobre el viento? Era algo simple y obvio porque ella solo era una bebé.

“Nunca puede dejar de moverse”, murmuró. “Porque si lo hace, ya no es el viento.”

Había algo allí. Algo verdadero que no lograba comprender del todo.

Kalen abrió los ojos, parpadeando para que cayeran las gotas de agua que le rozaron. Miró a su alrededor. La tormenta de verano no era violenta, pero los árboles que rodeaban su roca se movían con fuerza. Aquí y allá, agujas de pino y hojas se desprendían de las ramas. En el cielo, las nubes se desplazaban rápidamente.

Se sintió iluminado. Y al mismo tiempo, le incomodaba esa sensación de haber comprendido algo.

El viento se movía. No era una revelación. Siempre había sabido que era así. Entonces, ¿por qué sentir que entenderlo ahora era tan importante?

De repente, a Kalen le pareció evidente que su magia no debería congelarse durante un hechizo de viento. No podía ser de otra manera. Cuando lanzaba un hechizo de viento, se sentía más vivo que nunca.

No.

La sensación era tan intensa que Kalen la escuchaba tan claramente como si fuera una palabra pronunciada en voz alta. Entornó los ojos y escudriñó su mente. Ese “no” no era suyo.

Al menos, no era conscientemente suyo.

No comprendía del todo qué estaba sucediendo, pero había algo que quería intentar. Buscó en su interior y revisó las intersecciones del patrón del hechizo. Sorprendentemente, todavía se mantenía... quizás porque en ese momento su magia estaba imitando una roca.

Kalen enderezó la espalda. Observó los árboles meciéndose y balanceándose. Luego, en un gesto que le pareció extrañamente familiar aunque nunca lo había hecho antes, levantó una mano y la dibujó en el aire con un movimiento amplio, formando una silueta.

No reconocía esa forma. La parte de él que había dicho que no, sí. Y a medida que lo hacía, esa parte se desmoronaba hasta que solo quedó Kalen y una certeza renovada. Entonces comprendió. Esa figura era como su propio núcleo, aunque reducido de alguna manera, reducido a su esencia pura.

Al terminar de dibujar la forma, le vinieron palabras a la mente. Flotaron como si siempre hubieran estado en su interior, esperando ser liberadas.

“El viento se mueve,” dijo. “Y yo también.”

La magia de Kalen cobró vida con un rugido.

Todo lo que sucedió después ocurrió tan rápidamente que no pudo seguirlo.

Como un río que desborda una presa, el poder atravesó su cuerpo a toda prisa. Todo cobró vida en un instante, y cualquier control que pudiera tener fue arrebatado antes incluso de que se diera cuenta de que debía ejercerlo.

Había estado canalizando toda esa fuerza—demasiada—hacia el patrón del hechizo y su núcleo. El poder perforó el hechizo tan fácilmente como un puño atravesando el cristal. Kalen gritó de terror mientras su núcleo absorbía todo aquello.

¡Fuera! ¡Debo expulsarlo, o me destrozará!

Pero antes de que un pensamiento se convirtiera en acción, algo más salió mal.

Una presencia vasta, horrible y foránea asió a Kalen. No a su cuerpo, sino a él mismo. Su magia. Su alma. Todo lo que era.

Luego intentó entrar.

Durante menos de un respiro, Kalen sintió un dolor que parecía consumir todo el universo. Pero su ser—todo lo que era—que la criatura intentaba capturar—rechazó rotundamente esa abominación.

Imaginó que escuchaba el alarido de ese ser en agonía mientras se aferraba a él por un instante.

Luego, la zona a la que él llamaba su segundo núcleo potencial se iluminó intensamente, y la criatura desapareció.

Kalen no tuvo tiempo para celebrar. Algo había sido desgarrado en su interior. Ya fuera por su propia explosión de magia o por el ataque de la abominación, no lo sabía. Ni siquiera sabía qué era lo que había sido arrancado. Solo sintió ese desgarró y comprendió que algo muy importante para su existencia acababa de romperse.

Entró en pánico y se buscó a sí mismo, intentando localizar el daño y repararlo. Pero fue en vano.

Ni siquiera parecía poder hallar su estructura de maná en aquel momento.

Kalen permanecía en la oscuridad.

¿Sigo siendo yo? ¿Estoy todavía vivo? se preguntó.

Decidió que sí.

Entonces, debería abrir los ojos. Necesitaba mirar su cuerpo y comprobar por sí mismo qué daños había sufrido. Estaba seguro de que sería una escena sacada de una pesadilla.

Después de lo que pareció una eternidad, finalmente logró mirar a su alrededor. Luego cerró los ojos y los abrió de nuevo. Varias veces.

¿Adónde fue mi roca?

Por cierto, ¿a dónde se fue el resto de la isla?

Kalen se encontraba en un estudio atestado de objetos mágicos. Era hermoso. Miles de libros mágicos, rollos y extrañas sortijas adornaban las estanterías de madera oscura. Una alfombra gruesa y con patrones ricos cubría el suelo. Un escritorio lleno de tinteros, papeles y extraídos dispositivos metálicos se ubicaba junto a una gran ventana con postigos.

Y más allá de esa ventana se extendía un mundo húmedo y verde que definitivamente no era Hemarland.

Kalen caminó hacia la ventana para examinar la vista. Las plantas que crecían en la luz moteada de la tarde estaban exuberantes y saludables, y sin embargo, todo parecía errado. Una nube de insectos que brillaban como nieve recién caída revoloteaba sobre un estanque lleno de musgo viscoso.

No había abetos, ni montañas, ni océano.

Y mientras Kalen observaba, perdido y preocupado, un gran pez naranja saltó del estanque y, con alas escamosas, voló para atrapar a un pequeño animal peludo que corría por una rama cercana.

Kalen retrocedió tambaleándose del cristal, chocando contra una silla... pero en lugar de chocarse contra ella, atravesó el mueble como si no existiera en absoluto.

¿Qué? Kalen quedó atónito mirando aquel objeto.

¿Era alguna especie de ilusión? Lo había leído, lo comprendía: era posible con magia de luz avanzada, pero la silla parecía tan real.

Kalen cruzó y recorrió el espacio en frente de la ventana varias veces, intentando analizar la situación en lugar de entrar en pánico. Obviamente, no estaba herido. Su cuerpo parecía estar en perfectas condiciones. Una ilusión de una silla era sorprendente, pero no necesariamente peligrosa.

El pez volador, carnívoro, representaba una amenaza, pero estaba fuera. Y ya que Kalen había decidido que nunca se había acercado a ese estanque, tampoco podría hacerle daño.

Se acercó al escritorio, lleno de objetos mágicos fascinantes, y descubrió que también era una ilusión. Su mano atravesó el furniture. Durante unos minutos, recorrió la habitación, tocando y pateando cosas. Nada era sólido.

Y cuando pisó con firmeza el suelo, su pie se hundió sin resistencia alguna.

Calma, respira profundamente, piénsalo bien. Tienes que volver a casa.

Kalen intentó respirar hondo para calmar los nervios, pero la situación se agravó aún más.

Podía hacer un movimiento que imitaba la respiración. De hecho, lo había estado haciendo automáticamente desde que llegó a ese lugar. Pero ahora, al concentrarse en ello, no sentía el aire ingresando en su pecho.

No estaba respirando. Estaba fingiendo respirar. Y ahora que lo pensaba...

Kalen extendió la mano y volvió a atravesar el escritorio. ¿Era en realidad una ilusión? ¿O simplemente no podía interactuar con nada?

Ni siquiera podía sentir el suelo bajo sus pies claramente. Era más como si estuviera de pie sobre él, solo porque asumía que debía estar allí.

Kalen escuchó que una puerta se abría y cerraba, y al hacerlo, se dio cuenta de que no escuchaba como siempre, sino que más bien había tomado conciencia de que ese sonido existía.

Un hombre de mediana edad, vestido con largas túnicas blancas, entró en la habitación. Tenía orejas grandes y el cabello castaño cuidadosamente peinado. Quizá fue él quien había hecho esto, pero si era así, al menos tendría respuestas.

Kalen hizo una reverencia apresurada. Era su primer intento de inclinarse, pero sentía que era necesario, ya que necesitaba ayuda desesperadamente y ese hombre debía ser un practicante poderoso si ese era su estudio. "Disculpe, señor. ¿Podría decirme dónde estoy y qué sucede? No estoy seguro de cómo llegué aquí."

El hombre tomó un libro de la estantería. Luego se acercó directamente a Kalen y, sin apartar la vista del libro en su mano, siguió caminando a través de él.

Kalen se enderezó después de su reverencia.

"¿Me puede escuchar?" preguntó. "¿Señor? Por favor?"

Cuando no obtuvo respuesta, se acercó al misterioso hombre vestavado con ropas y le gritó en el oído.

"¡Oye, Megimon!", dijo una voz desde otra habitación, "¿qué haces allí adentro?"

"¿Qué?", respondió el hombre, con tono distraído. "Estoy leyendo La Duodécima de Lajulian. ¿Por qué? ¿Se nos acabó el té otra vez?"

Un momento después, una criatura pequeña apareció en la puerta. Kalen pensó que era una she, pero esta suposición se basaba principalmente en el hecho de que llevaba una corona de flores feas y viscosas en su largo cabello verde oscuro. Su piel era de un verde más pálido. Tenía brazos y piernas delgados y llevaba una camisa gris sin espalda, presumiblemente para que su única ala traslúcida pudiera moverse libremente.

Todo esto ya era bastante inquietante, pero lo más desconcertante de ella eran sus ojos. Estaban en la cabeza en el lugar esperado y tenían forma de ojos humanos, pero eran brillantes, iridiscentes y no tenían pupilas. Como los ojos de un insecto.

Tan pronto como entró en la habitación, esos ojos se fijaron en Kalen. Su boca se curvó en una sonrisa demasiado amplia.

Antes de que Kalen pudiera decidir si hablarle o huir, ella giró sobre la alfombra con sus pequeños pies desnudos, como una bailarina de festival.

"¡Scratches, has regresado!", gritó con alegría, extendiendo los brazos. "¡Dale un abrazo a la Madre Lutcha!"

Kalen se apartó de ella rápidamente, buscando con la mirada a alguien que podría llamarse Scratches.

"¿Estás... me estás hablando a mí?", preguntó finalmente, cuando la criatura verde, que parecía una niña en miniatura, no cambió de posición.

Sus brazos aún extendidos en señal de abrazo, Lutcha frunció el ceño. "Scratches, ¿ya aprendiste a hablar? ¡Vaya, eso fue rápido! ¿Alguien más te ha alimentado? No me gusta eso. Eres mi gatito. Dile a mamá quién fue para que pueda encargarse de ellos."

Oh, Scratches es un gato.

Kalen no estaba seguro si sentía alivio o incomodidad.

"Si estás hablando conmigo, yo no soy Scratches. Soy Kalen. Estoy aquí por accidente y realmente deseo volver a casa. Por favor. Señora", dijo con urgencia.

Los brazos de la mujer verde cayeron a sus lados. Ella miró hacia el escritorio, donde el hombre rebuscaba en un cajón como si no hubiera escuchado ni una sola de sus palabras. Luego, se inclinó más cerca de Kalen y un destello de luz recorrió sus ojos.

"Hmmm... ya no soy tan buena interpretando entidades astrales como solía serlo. Mejor escuchando que viendo. ¿Qué tipo de espíritu eres, Kaaliin? ¿Demonio menor? ¿Fantasma de un ascendido? ¿Dios desterrado? ¿Ser caótico inespecífico? ¡No juzgo! Pero, por contrato, debo proteger a ese idiota de allí que ni siquiera percibe el plano en el que estás, así que necesito saber si estás aquí para ser comido, usado o para mantener una amistosa charla."

Pues bien, pensó Kalen. Al menos, ella es alguien con quien puedo comunicarme. "Entonces, ¿puedes verme? ¿Y escucharme? No soy ninguna de esas cosas que mencionaste. Soy solo Kalen. Soy un chico común. De Hemarland. Yo... amo las conversaciones amistosas."

Las bromas amistosas eran mucho, mucho mejores que las otras dos opciones.

—¿Hemarland? ¿Dónde queda...? —parpadeó con un par de párpados que se movían de lado—, ¿y eso? —Una chispa de comprensión atravesó su rostro verde—. ¿Te refieres a la isla? ¿Esmeralda del Mar del Norte y todo eso?

—¡Sí! —exclamó Kalen, con un temor que había disminuido, aunque no completamente olvidado, en su alivio. Dio un paso más hacia ella—. ¡Lo sabes! ¿Puedes ayudarme a regresar? Estaba lanzando un hechizo, cometí un error, y terminé aquí.

Lutcha tenía ahora una expresión muy peculiar en su rostro. Masticaba su labio inferior con dientes afilados, luego giró sobre los dedos de los pies como una bailarina y se dirigió a la estantería. La subió, ignorando el suspiro de exasperación del hombre con túnica blanca, y miró por un momento un gran disco dorado cubierto de runas.

Saltó hacia abajo tras solo un instante y regresó junto a Kalen.

Fue en una especie de círculo alrededor de él, y él intentó mantenerse quieto mientras ella lo examinaba de cerca. Esperaba que comportarse bien le ayudara a volver a casa más rápido. La luz—¿magia?—brilló repetidamente en los ojos de Lutcha.

Finalmente, ella se detuvo, permaneció un rato simplemente observándolo, con la cabeza inclinada de modo que su barbilla descansaba en su mano.

—Oye —dijo—, ¿qué clase de hechizo estabas lanzando para arruinarte tanto? Porque esto es realmente impresionante.

—Un conjuro de viento.

—¿Viento? —Su rostro se iluminó de inmediato y saltó hacia él—. ¡Eres tú!

Él esquivó su ataque.

—¡Eres tú! —exclamó alegremente ella, corriendo hacia él una vez más—. ¡Casi te matas otra vez!
¡Y esta vez lo hiciste de una manera muy emocionante! Esto es maravilloso. ¡Ven a dar un abrazo a
la Madre Lutcha!

Revision #1

Created 12 May 2026 04:53:05 by Alice Johnson

Updated 12 May 2026 04:53:09 by Alice Johnson